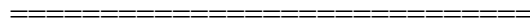


SESIÓN 6^a

Pierre-Paul GRÉGORIO

Universidad Jean Monnet

Saint-Étienne (Francia)



Cómo hacer de la necesidad virtud:

el posibilismo del *ABC* madrileño en el primer mes del “año de la Victoria”.

Renunciar a uno de los fundamentos del propio credo, sino definitivamente, cuando menos perceptiblemente, tal era la ecuación político-económica que obviamente se le planteaba a Prensa Española, y al *ABC*, en los primerísimos compases de la posguerra. En efecto, la cuestión de la postergación de la restauración monárquica -aceptable como sacrificio ideológico durante el conflicto en aras del soterramiento de elementos disgregadores intrínsecamente perjudiciales para el propio bando- tuvo, en abril del 39, unos matices muy distintos. En otras palabras, la ductilidad política podía ser una virtud necesaria por transitoria. En caso de tener que perennizarse, podía ser fuente de sinsabores de muy diversa índole. Como veremos, Juan Ignacio Luca de Tena no podía llamarse a engaño en cuanto a las intenciones de Franco. Aunque sí podía tal vez sentirse embaucado. *ABC* optó pues por dar abierta y sinceramente todas las garantías de lealtad al poder omnímodo nacido de la guerra, intentando paralelamente preservar una ventana abierta, aun exigua, para una Monarquía, necesariamente aunque claramente amenazada por lo que Torcuato Luca de Tena llamó la “fascistización” del régimen¹. Le iba en ello al periódico no sólo su propia esencia y su credibilidad dentro del entramado político nacional, sino también, sencillamente, su supervivencia. No en vano la reaparición del católico *Ya* pendió de un hilo no por sus

¹ En 1933/1934, *ABC* teorizó sobre una Monarquía que podría ser o no fascista. Pero, concluía, el fascismo nada sería de no ser monárquico pues lo que siempre primaría, sería lo nacional y lo patriótico, atributos monárquicos por excelencia.

posiciones -había sido cerrado por el gobierno días antes del golpe de Estado inicial...-, sino por la actitud de *El Debate*, el otro diario de la Editorial Católica, considerada demasiado claudicante con la República. En cierto modo, y por paradójico que parezca, puede pues considerarse el discurso de *ABC* en abril de 1939 como un ejemplo sintomático de lo que, a la postre sería una de las características de la práctica política del Caudillo: dejar hacer muy simbólicamente a una minoría por naturaleza sumisa -dentro de unos límites tan constringentes que impidieran menoscabo alguno para lo fundamental- con la esperanza de influir en lo accesorio. En resumen, dividir para mejor... reinar.

I Lo que dijo *ABC* -y lo que le dijeron...- en algunos momentos clave.

La oposición de *ABC* a la República, y el precio pagado, son harto conocidos. Apenas proclamada, *ABC* publicó un artículo en el que, aun aceptando la nueva legalidad, afirmaba seguir defendiendo sus principios y valores fundadores. Naturalmente, “se declaró monárquico y proclamó su derecho a mantenerse como tal, del mismo modo que reconocía el derecho de otros medios de opinión a pensar de otra manera o dedicarse al pasteleo”². Luca de Tena consideró ilegal el advenimiento de la República, siendo por ello antiespañol el régimen al significar una ruptura artificial y arbitraria con la tradición nacional de la Monarquía, encarnada por Alfonso XIII. Dejaba así patente el vínculo incorruptible entre la Corona y España. De ahí que, ante la aparición de Falange Española, treinta meses más tarde, *ABC* mostrara una actitud fluctuante aunque sin perder nunca su norte: la valoración desde la perspectiva del derrumbamiento de la República, antesala del retorno del Rey. Así, se mostró el periódico comprensivo y hasta elogioso cuando los falangistas le parecían poder servir de fuerza de choque desestabilizadora. Sobre todo, hasta la revolución de Asturias y tras la victoria del Frente Popular. Pero, entremedias, el diario se mostró particularmente crítico con José Antonio Primo de Rivera -menos con la base del partido- al desvincularse aquél de la derecha encarnada por Gil Robles y Calvo Sotelo. El concepto de “revolución nacionalsindicalista” no convencía al diario monárquico, llegando incluso a tildar de “bolchevismo blanco” algunas de las opciones defendidas por Primo de Rivera³...

² LUCA DE TENA, Torcuato.: *Papeles para la pequeña y la gran historia*, Barcelona, Planeta, 1991, p. 96.

³ Cf. GRÉGORIO, Pierre-Paul.: “1933-1936 : Falange Española dans *ABC* de Madrid”, en *Cahiers d’Études Romanes*, n°4 (2000), pp. 115-154.

Como es sabido, Luca de Tena conspiró en la preparación del golpe de Estado de julio del 36. Sirvió de enlace de Mola y consiguió, gracias a Luis Bolín y a la financiación de Juan March, el *Dragon Rapide*. No se trataba de propulsar a Franco hasta la cúspide del Poder, sino de poner a disposición del monárquico Sanjurjo -tan pasivo en abril del 31- las mejores opciones de triunfo. Con la guerra, Luca de Tena se alistó, simbólica y físicamente, en el bando sublevado.

Perdida la sede madrileña, el director de *ABC* afirmó desde Sevilla, en *Cara a la nueva España*⁴, que, sin traicionar sus convicciones, se ponía al servicio del Estado por nacer, cualquiera que fuera su forma. Una forma eufemística de indicar que barruntaba ya una vuelta demorada a la Monarquía. Luca de Tena no concebía otra actitud en nombre de la defensa de la justicia social y de la Historia y la Tradición nacionales. Introducía así, antes incluso de que Franco se hiciera con el Poder, cierto grado de ambigüedad en su posicionamiento futuro. Cuando apenas se llevaba mes y medio de un enfrentamiento cuya duración era difícil de augurar, ello podía asemejarse a los lógicos sacrificios que las trágicas circunstancias imponían. Lo primero sería la resurrección de España, dejando para más tarde cuestiones si no baladíes, sí manifiestamente menos acuciantes. Lo cual, a su vez, dejaba ya entrever que, para Luca de Tena, ese Estado engendrado por la guerra tendría forzosamente fecha de caducidad... Al cumplirse el primer aniversario de la sublevación, el propio marqués entrevistó al ya Caudillo cuyas declaraciones aclaraban plazos y formas de una eventual restauración. Contestando a un Luca de Tena esperanzado por el decreto de Unificación y su aparente promesa de retorno del anhelado régimen monárquico, “por creer que de ello depende la futura tranquilidad y el bienestar de España”⁵, Franco esbozó un largo camino por recorrer primero. “Entretanto, yo no puedo ser un poder interino”⁶, apostilló. Por si quedaba alguna duda, remachó: “Si el momento de la Restauración llegara (...) la nueva Monarquía tendría que ser, desde luego, muy distinta de la que cayó el 14 de abril de 1931: distinta o diferente en el contenido y, aunque nos duela a muchos, pero hay que atenerse a la realidad, hasta en la Persona que la encarna”⁷. Esperanzas casi nulas, pues, y a condición expresa de un salto dinástico⁸. Pero a ellas se iba a aferrar inmediatamente el diario. Diez días después,

⁴ *ABC*, Sevilla, 09/09/36. Un artículo curiosamente olvidado en la edición de los coleccionables “*ABC*, doble diario de la guerra civil” de 1980, editados por Prensa Española.

⁵ Una hora con el Generalísimo, *ABC*, Sevilla, 18/07/37.

⁶ *Idem*.

⁷ *Idem*.

⁸ El desdén de Franco por la noción de orden sucesorio impuesto, quedaba así patente muy tempranamente.

Fernando Quintanar, marqués del mismo nombre y colaborador de *ABC*, escribía: “El Generalísimo Franco es el Conductor del pueblo español, conjuntamente, por fueros de su espada, de su inteligencia y de su bondad. Por ello creemos que, en la actualidad, sólo un nombre le cuadra: el de Regente de España”⁹. En definitiva, una regencia no pasaba de ser una interinidad: hasta el día de la mayoría de edad del representado por el regente. Sólo que, en este caso, al no tratarse de una persona física sino de una Nación, el plazo podía dilatarse a voluntad pues ¿quién declararían alcanzada esa mayoría sino el propio “regente”?¹⁰. En suma, el paréntesis monárquico, voluntariamente aceptado por Luca de Tena en septiembre del 36, se había vuelto ineludible obligación contra la cual, señalaba Quintanar, “sería, por lo tanto, inútil nuestro disentimiento; pero no disentimos”¹¹. A partir del primero de abril de 1939, sólo quedaba pues para el periódico adaptarse a la realidad política instaurada por la guerra. Tarea a la vez sencilla, por los intereses y valores comunes con el Poder, y ardua en la medida en que, de las diferentes corrientes que le dieron al franquismo un barniz ideológico, el monarquismo era, obviamente, la más endeble. La más vulnerable, sobre todo en ese primer mes “de la Victoria” en el que, pese a la Unificación, la esencia falangista impregnaba la retórica y la escenificación de la vida nacional.

II *ABC* en el Madrid del “Ya hemos pasado”.

En ese primer mes de la posguerra, la información ofrecida por el periódico seguía obviamente estando íntimamente relacionada con la propaganda. Con tal pública garantía de adscripción al régimen, *ABC* no se traicionaba pero, además, aseguraba su perennidad como empresa¹². La presencia acentuada de Luca de Tena, con buen número de artículos firmados a lo largo del mes, no dejaba de dar mayor peso a las opiniones vertidas en el diario dentro, evidentemente, de los inmarcesibles cauces de grandeza y libertad que, aseguraba *ABC*, otorgaba el decreto de Unificación.

⁹ Franco, regente de España, *ABC*, Sevilla, 28/07/37. Los fascículos coleccionables tampoco recogieron este artículo.

¹⁰ Casi treinta años después, Quintanar anunciaba ya a ese Monarca “que llega por su legítimo derecho a continuar la tarea interrumpida” y cuyos pasos “resuenan ya en la escalera” (*ABC*, Madrid, 05/06/66). Tal vez resonaran, pero muy levemente...

¹¹ Franco, regente de España, *ABC*, Sevilla, 28/07/37.

¹² Durante el conflicto, se había ya enfrentado a la prensa falangista al defender la legitimidad de los “periódicos de empresa” frente al monopolio del Estado.

1) Al servicio del “hombre enviado de Dios”.

Tal era la conclusión de un artículo del crítico teatral Luis Araújo Costa que retomaba los tópicos sobre la nueva misión redentora de la civilización asignada por Dios a España¹³. Paralelamente, en buen turiferario, Araújo afirmaba también que para todos españoles “de orden” que, como él, habían vivido la guerra escondidos en zona republicana, “la figura del Caudillo venía a representar en las horas de angustia algo así como la fe confiada y la esperanza cierta de otra sociedad mejor y más conforme a los principios y a la propia entraña de un existir basada en las ansias religiosas y morales de la inteligencia y del espíritu todo”¹⁴. Nada nuevo, pues, con respecto a la propaganda oficial desde octubre de 1936. Por ello, Araújo veía en Franco al “Salvador”, con mayúscula, cuyas decisiones sería sacrílego no acatar. Y *ABC* demostró desde el primer día que no tenía la más mínima intención de hacerlo. Por devoción y obligación.

Como cabía esperar, las pruebas de adhesión al dictador no faltaron. En el primer número, con un retrato de Franco en portada¹⁵, el diario calificaba todo lo acontecido como de nuevo milagro evangélico: “Cuando el pueblo español estaba a punto de zozobrar y hundirse bajo la vesania roja, el alma de este hombre insigne supo encontrar valores suficientes para salvarlo de la ruina. Como a otro Lázaro ha podido decirle: “¡Levántate!”, y con su influjo le ha erguido y puesto en pie”¹⁶. El diario no podía pues sino expresar su “saludo más entusiasta para el valiente capitán y para el insigne estadista que está haciendo la España nueva”¹⁷. La obra de reconstrucción nacional, como ya lo había indicado el propio Franco a Luca de Tena, estaba lejos de haber acabado... De ello debían convencerse los madrileños recién integrados en esa nueva España cuando aún la guerra no había realmente terminado¹⁸. Ahí residía, sin duda, una de las primerísimas misiones del periódico y, por extensión, de toda la prensa autorizada: iniciar a marchas forzadas la “reeducación” político-ideológica en los últimos reductos republicanos que caían. En resumidas cuentas, eso venía a significar esa inmediata

¹³ Franco, Caudillo de España, *ABC*, Madrid, 05/04/39.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ *ABC*, Madrid, 29/03/39. Sin olvidarse de José Antonio, icono nacional políticamente inofensivo, que “con su sangre abonó esta floración de jóvenes que hoy salvan a España” y cuyo retrato aparecía en páginas interiores.

¹⁶ *Idem*

¹⁷ *Idem*.

¹⁸ Según Luca de Tena, “vendimos, sólo en la capital, más de 500.000 ejemplares” (LUCA DE TENA, Juan Ignacio.: *Mis amigos muertos*, Barcelona, Planeta, 1971, p. 323). En su relato no faltan, sin embargo, los errores. En lo referente a esa mirífica tirada, otras fuentes la limitan a 10.000 ejemplares (Cf. OLMOS, Víctor.: *Historia del ABC*, Barcelona, Plaza&Janés, 2002, p. 279, nota 6).

reaparición “para servicio de España y su Caudillo”¹⁹. Al día siguiente, se remataba la obra con una primera página tan concisa como expresiva: de puño y letra de Luca de Tena, que los rubricaba, aparecían los gritos rituales del nuevo régimen²⁰. A lo largo del mes de abril, *ABC* no dejó de dar periódicamente testimonio de su adhesión emocionada al Caudillo. Tanto más cuanto que, por azares del calendario, habría de recordarse el octavo aniversario de la caída de la Monarquía y el segundo del decreto de Unificación. Amén de ser el de los preparativos del desfile de la Victoria tras el recorrido que Franco, a imagen de Fernando VII, realizaba por diferentes zonas del país antes de su entrada triunfal en la capital.

2) Ortodoxia en los símbolos

Puesto que la victoria, repetía el diario, se había obtenido sin la más mínima concesión al enemigo, la paz se construiría en torno a la salvaguarda acérrima de todos los símbolos por los que se había luchado. Esa paz, en suma, se presentaba como la prosecución de la lucha por otros medios, hasta ver erradicado por siempre jamás cualquier vestigio de antiespañolismo.

Dentro de la línea imperante, y en la más pura retórica falangista, *ABC* apeló sistemáticamente a la memoria de los caídos. Se pedía así “luz eterna para nuestros muertos”²¹, responsabilizando en consecuencia a los supervivientes ante el porvenir nacional. Zafarse sería pues renegar de aquello por lo que murieron, empezando por la bandera, “la de la España inmortal”²². Desaparecida la franja morada, volvía a encarnar lo auténticamente nacional, “la que en manos del Caudillo ha reconquistado la España imperial, una, grande y libre”²³. En apenas quince palabras quedaba sintetizada la esencia de la victoria: significaba la concretización del vínculo entre la época de máximo esplendor nacional -los Reyes Católicos, los Austrias,...- y el presente del “falangismo tradicionalista”. Un vínculo que se encarnaba en el salvador de la Nación. Quedaba sentado entonces que los Borbones -de antes o después de 1833- no pasaban de ser, en el mejor de los casos, sino los herederos de una obra que, finalmente, habían echado a perder... Por ello, y a pesar de la “T” añadida por la Unificación, la Falange -amputada, eso sí, del último de sus puntos programáticos- se imponía como la fuerza preponderante, la auténtica “escuela de España”²⁴. El corolario, inmutable, era la

¹⁹ *ABC*, Madrid, 29/03/39.

²⁰ *ABC*, Madrid, 30/03/39.

²¹ 28 de marzo en Madrid, *ABC*, Madrid, 29/03/39.

²² La gloriosa jornada de ayer, *ABC*, Madrid, 29/03/39.

²³ *Idem*.

²⁴ Certero discurso, *ABC*, Madrid, 09/04/39.

obediencia ciega al guía supremo, cuya exaltación vertía en la desmesura erigida en fe. En primera página y en verso: “¡Oh, Franco, Moisés con nuevas leyes! / ¡Dios mismo armó tu diestra con el rayo! / Puedes, con el aliento de los reyes / Que forman la legión de nuestra Historia, / Llamar HERMANO y PAR a Don Pelayo, / ¡Desde la augusta cumbre de la Gloria!”²⁵. En realidad, tal éxtasis cobraba su pleno sentido al tomarse en cuenta la fecha de la publicación. En el octavo aniversario de la proclamación de la República, *ABC* dejaba clara constancia ante sus lectores recuperados de que, a falta de un Borbón, España tenía a su cabeza a un Elegido que entroncaba, no por nacimiento sino por méritos, con los reyes forjadores del destino secular nacional. En suma, Franco era a la vez hombre del presente en construcción y mito transcendente para el porvenir: la síntesis perfecta de lo simbólico por antonomasia en la España de 1939. Todo ello, claro está, reiteraba el entramado ya clásico de ideas y tópicos elaborado durante el conflicto y que, en ese momento, sólo era “como su pan [*de Franco*] y como su nueva categoría de español, para los españoles”²⁶. Otro tanto ocurría con los valores preconizados y ensalzados en las páginas de *ABC*.

3) Tradición y adaptación.

Gracias a Franco, anunciaba José María Salaverría, España había vuelto “a la costumbre de vencer por las armas [...] a recobrar el gusto del triunfo y de la gloria. Se ha comprometido al deber del éxito y en la paz ahora, en los afanes del trabajo y de la inteligencia, nadie duda que sabrá vencer”²⁷. Como premisa indiscutible, quedaba la impoluta verdad defendida por los vencedores: “Teníamos la razón desde el principio y la hemos impuesto a la fuerza. Pero esta fuerza era una consecuencia de la razón misma”²⁸. Ello era posible, venía a afirmar el diario, porque el movimiento se había hecho en defensa de la fe católica. En consecuencia, el desenlace final, en todas y cada una de sus ramificaciones, había sido eminentemente moral. Y el desarrollo futuro, lo sería igualmente. Para Manuel Sánchez del Arco, el cronista de guerra por excelencia del diario, “España, en paz y en gracia de Dios.

²⁵ *ABC*, Madrid, 14/04/39.

²⁶ Franco llega con el pan y con la lumbre, *ABC*, Madrid, 30/03/39. Las resonancias falangistas del título eran lógicas en un artículo firmado por Jacinto Miquelarena. Redactor del diario desde 1932, falangista del primer círculo de José Antonio -participó en la composición del *Cara al sol*- había manifiestamente preferido “unificarse” antes que seguir a Hedilla...

²⁷ Esta página ha sido recuperada, *ABC*, Madrid, 30/03/39.

²⁸ *ABC*, Madrid, 01/04/39.

España, en Franco, rehace su Historia”²⁹. La lección era diáfana. España acababa de recuperar lo que había perdido desde muchísimo tiempo atrás. De ahí, la mitología del Imperio, difundida a través de artículos de la casa o de inserción obligatoria. En la línea del ideario falangista, Salaverría -que no era camisa azul- anunciaba que ese imperio por nacer habría de ser, primeramente, interior “en el sentido de que el país reconcentre sobre sí mismo todas las capacidades y todas las vocaciones de grandeza”³⁰. Ya vendrían, después, las aventuras... Así, garantizaba el veterano colaborador de *ABC*, se conseguiría la plenitud “en esta para nosotros nueva era de la Historia”³¹. El tiempo habría de medirse, por lo tanto, de muy distinta manera con el único fin, evidentemente, de guardar del pasado lo que pudiera servir para legitimar el porvenir. El presente no necesitaba obviamente de serlo...

Se le instaba así al lector a repudiar aquellos siglos considerados nefastos para España. Desde principios del XVIII, más exactamente. En esa "nueva" España tenía que quedar grabado que, gracias al Caudillo, lo nacional volvía a ser única y exclusivamente hispano pues “en las Huelgas se incorporaba en su tumba todo el pasado de España para saludar al hombre que había hecho posible la continuidad histórica de la Patria”³². En su persona se aunaban la fuerza de la verdadera Tradición y la Modernidad, entendida como proceso histórico durante el cual España marcaba la pauta en Europa. Tras un largo paréntesis se recobraba “el impulso original de nuestra grandeza histórica a la que volvemos al cabo de las centurias”³³. Claramente, a pesar de las elocuentes elipsis, se designaba a los culpables, por acción u omisión, de los siglos de decadencia. En un periódico alfonsino, se rayaba, aparentemente, en la apostasía. Evidentemente, el discurso oficial, del que *ABC* se hacía eco, se enmarcaba en una lógica dialéctica cuya síntesis había sido la victoria militar. En tal sentido, España había entrado en una vía de progreso continuo al haber sabido volver su mirada hacia su pasado más auténtico, aquel que se había forjado históricamente sola, sin interferencias ni mediatizaciones. Al haber reactivado los resortes de la grandeza de antaño, se podía entonces afirmar, como Manuel Halcón -falangista y nombrado subdirector del diario por el propio Luca de Tena- que España disponía ya de una “fuerza en la que todo será joven y

²⁹ “La guerra ha terminado”, *ABC*, Madrid, 02/04/39.

³⁰ La evidencia imperialista, *ABC*, Madrid, 05/04/39.

³¹ *Idem*.

³² El nuevo Estado español, *ABC*, Madrid, 07/04/39.

³³ En toda España se conmemora la Semana Santa..., *ABC*, Madrid, 08/04/39.

marchará a favor de la solidaridad social”³⁴. Se daba forma así a dos conceptos suplementarios que cobraban valor de dogma: la primacía de la juventud, como cualidad intrínseca de lo eterno, y la consagración de una verdadera unidad nacional que abarcaría todos los ámbitos de la sociedad. Unidad que sólo podía ser sinónima de unificación³⁵.

Grandeza, poder y unidad nacional: la Trinidad redentora quedaba así plasmada por José Losada³⁶: “España ha recobrado aquel sentido de altivez y dignidad [*de*] la afirmación unitaria de los Reyes Católicos”³⁷. Gracias al decreto de abril de 1937, se creó una “comunidad nacional”, como rezaba el título de un editorial, que se había dado a sí misma un marco infranqueable -como símbolo de autodisciplina y no de autocensura- y una rígida estructura, sinónima de perennidad histórica: “Y tiene límites: los 26 puntos de la vieja Falange. Y para perpetua fecundidad tiene orden y jerarquía en los Estatutos que proclaman Caudillo, lo hacen responsable ante Dios y la Historia y lo convierten en custodio de la unidad y la tradición de España. Estatutos que son norma y ley de la hermandad española en el cumplimiento de los deberes nacionales”³⁸. El mismo diario dejaba pues claras las fronteras que no habrían de ser traspasadas, sin que pudieran servir de privilegio los servicios prestados porque, sentenciaba Miquelarena, “ningún español está dispuesto a discutir el bien y la paz que le entrega la sangre de nuestras juventudes”³⁹. Era como un aviso para navegantes... Puestos a medir, nada podría superar el sacrificio de la vida en pos del ideal ya alcanzado. Y, en este último campo, también había jerarquías implícitas. Unificación, unidad e igualdad, todo era uno. Salvo que, manifiestamente, la igualdad no era sinónimo exacto de la paridad⁴⁰. Así, esa unificación vino a ser la nueva acta fundacional de la Nación al recoger las esencias del único pasado con derecho a

³⁴ Una nueva moral, *ABC*, Madrid, 08/04/39.

³⁵ En las páginas de *ABC*, se llamaba a los afiliados de Renovación Española “que, después de las persecuciones sufridas, queden en Madrid, para que acudan al antiguo local social [...] para proceder al ingreso como militantes en la organización de F.E.T. de las J.O.N.S. y reiterar la más entusiasta adhesión y obediencia al Caudillo y a las jerarquías del partido” (Aviso a los antiguos afiliados de Renovación Española, *ABC*, Madrid, 08/04/39).

³⁶ En 1940, sería nombrado -por el Poder- director del diario, cuando Luca de Tena marchó de embajador a Chile.

³⁷ Un tono, un ritmo y una medida en la política exterior, *ABC*, Madrid, 12/04/39.

³⁸ Comunidad nacional, *ABC*, Madrid, 16/04/39.

³⁹ Una sola categoría de españoles, *ABC*, Madrid, 18/04/39.

⁴⁰ En su entrevista con Luca de Tena, Franco puso a cada uno en su lugar: “Las dos grandes organizaciones que en mayor número han contribuido con sus voluntarios a la Guerra y que más pueden contribuir con su espíritu a la estructuración de la nueva España, aspiraban a un Estado totalitario” (Una hora con el Generalísimo, *ABC*, Sevilla, 18/07/37). Los alfonsinos eran y serían meras figuras de relleno... Aunque, también es cierto que, con la disolución de los carlistas en el magma de F.E.T., “Franco tranquilizaba a la dinastía oficial” (MUNIESA, Bernat.: *Dictadura y Monarquía en España*, Barcelona, Ariel, 1996, p. 11).

permanencia: “Se firmó la Segunda Unidad de España como había sido firmada la Primera en el muro roquero de Santa Fe, haz, yugo y nudo de España por los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel. Aquella fecha y aquel lugar militar y católico dieron a los españoles "unidad de destino en lo universal", eso que cinco siglos después iba a ser asiento, y cuna de la doctrina nacional”⁴¹. Y poco importaba si el editorial del diario volvía a escribir la Historia... Lo fundamental era que el salto histórico -¡cinco siglos!- se transformara en un eslabón natural hacia el porvenir que el lector debía aceptar por patriótico, lógico y esperanzador. Y si ello significaba coadyuvar al éxito final de la “Revolución nacional”, no quedaba sino darse con entusiasmo a la tarea pues “haber salvado la vida nacional no es bastante; hay que perfeccionarla, engrandecerla, glorificarla”⁴². Mucho tramo por recorrer aún. Pero, por nacional que fuese, seguía siendo una “revolución” lo que le esperaba a España. ¿La Tradición? Francisco de Cossío aconsejaba al lector desembarazarse de prejuicios o tópicos. Del pasado sólo cabía conservar intacto el legado artístico pues en él se hallaba “el pasado pregonando a gritos lo que fuimos. He aquí la norma más segura para saber lo que debemos ser”⁴³. La comparación entre los retratos de Felipe II y de Carlos IV podía tal vez ser un oportuno primer paso. Por segunda vez en menos de una década, aunque más calladamente, se proclamaba “*Delenda est Monarchia*”. Y, esta vez, desde las mismas páginas del diario monárquico por antonomasia.

4) ¿Dónde vas... Alfonso XIII?

Inútil, por ocioso, sería enumerar los puntos de conexión entre el nuevo régimen y los reyes “imperiales” que le servían de legitimación histórica. Pero, obviamente, no podía ser suficiente. Para que la propaganda surtiera su total efecto había paralelamente que deslegitimar a los más inmediatos representantes de la Corona. Y de ello dio buena cuenta el *ABC* madrileño.

En realidad, nunca hubo ataques *ad hominem*. Teóricamente, el régimen seguía respetando la persona de Alfonso XIII, tanto más cuanto que éste, en declaraciones a la prensa francesa en el mes de marzo, admitía sin reparos estar al servicio de España que, en

⁴¹ *ABC*, Madrid, 19/04/39.

⁴² La justicia social de Franco, *ABC*, Madrid, 23/04/39.

⁴³ Los gritos del pasado, *ABC*, Madrid, 29/04/39.

esos momentos, era sinónimo de ponerse -textualmente- a las órdenes de Franco. Lo que se vilipendiaba era las prácticas “de corruptelas que produjeron la desmoralización”⁴⁴ y que crecieron en su entorno, hasta desembocar en abril de 1931. Un régimen monárquico, en suma, intrínsecamente débil que sólo en la etapa de la dictadura intentó -sin conseguirlo- poner a España en el sitio que le correspondía⁴⁵. Salaverría explicaba, inmisericorde, lo injusto de achacarle todos los males a Alfonso XIII. No era sino el descendiente de un linaje incapaz de comprender las esencias mismas de lo nacional: “Si con los Austrias se adelantaba al primer término el tipo de caballero y el hidalgo, con Carlos IV predominaba el pueblo. [...] Es incalculable el daño que ha causado a Madrid, y por reflejo, a toda España, aquella época que saturó tan hondamente de populacherismo chabacano la sociabilidad y el costumbrismo nacionales”⁴⁶. Incapaz también de rebelarse contra esas “decadencias espoliadas y humilladas”⁴⁷ que habían creado, en dos siglos, una falsa España. Para bien de todos, repetía abundantemente *ABC*, 1939 sería el nuevo 1500... Subyacía pues la idea de que la rama reinante hasta 1931, había dado la espalda a los españoles. En su idiosincrasia, en su historia, en su exacto derecho a la existencia según sus propias reglas seculares. Con la celebración del 2 de mayo, lo que flotaba en el aire quedó claramente expuesto: “Hoy, 2 de mayo del Año de la Victoria, es buena ocasión para afirmar que la España de la Revolución Nacional no alberga en su seno "doceañismos", y si algún día surgieran brotes de plantas traidoras, bastaría el recuerdo a los Caídos por la Unidad, Grandeza y Libertad de España para que la diestra de Franco los aplastara sin vacilación”⁴⁸. El Caudillo no era Fernando VII. La advertencia podía aplicarse a los defensores de la Constitución de 1931. También podía serlo para los valedores de la de 1876.

En suma, para el lector madrileño que retomara entonces “su” *ABC* de siempre, quedaba claro que le sería imposible ya encontrarlo tal y como lo dejó en julio de 1936. Todo indicaba que, como el monarca exiliado, el diario se mantenía a las órdenes del Caudillo por voluntad propia y que, los sacrificios consentidos en Sevilla, habían pasado a tener carta de naturaleza en Madrid. Sin embargo, la renuncia no era -no hubiera podido ser- tan total.

⁴⁴ Empieza la paz, *ABC*, Madrid, 04/04/39.

⁴⁵ La actuación del gobierno nacional, *ABC*, Madrid, 05/04/39.

⁴⁶ Los distintos rostros de Madrid, *ABC*, Madrid, 09/04/39.

⁴⁷ Un tono, un ritmo y una medida en la política exterior, *ABC*, Madrid, 12/04/39.

⁴⁸ Dos de mayo, *ABC*, Madrid, 02/05/39.

III *ABC*: alistado, convencido y entusiasta pero no desmemoriado.

En aquel primer mes de posguerra, es posible vislumbrar -más que percibir- la realidad de una doble faceta en el discurso prodigado por el periódico. A las misiones anteriormente señaladas, respondían como un eco, ciertas tentativas -tímidas por extremadamente limitadas, pero no menos reales- de reasumir, en la medida de lo factible, su condición de periódico monárquico. *ABC* buscaba ya, en realidad, el medio de hacer subsistir un espacio público en el que mantener vivas, política y socialmente, la validez y la legitimidad de la Monarquía. En cierto modo, intentó paliar -que no evitar- lo que obviamente sabía sería una “cianosis” ideológica de su propio lectorado. Sin olvidarse tampoco, ya lo veremos, de señalar que los alfonsinos seguían existiendo frente a los carlistas...

1) El recordatorio de las profesiones de fe.

Al tiempo que proclamaba su más encendida adhesión a Franco, *ABC* publicaba dos artículos aparecidos en ocasiones pasadas. El primero traía a colación su público testimonio de monarquismo con el advenimiento de la República. En abril de 1939, se permitía sencillamente recalcar que “lo que había de profesión de fe, de noble y decidida ratificación de creencias y conductas las suscribimos ahora”⁴⁹. Monárquico fue y seguiría siendo. Y por ello, había pagado un alto precio: el de las vidas de sus colaboradores y empleados para quienes “la barbarie roja tuvo predilección en sus crímenes”⁵⁰. Como si de un macabro concurso se tratara, apenas la sede del periódico recuperada, *ABC* se enorgullecía de ese alto rango alcanzado en la jerarquía del odio enemigo. En el martirologio del Movimiento, también tenían pues cabida los monárquicos. Aunque, cierto era que los allí recordados podían ser “mártires” pero no “jóvenes”... Con todo, para no dar pábulo a las malas interpretaciones, al día siguiente *ABC* publicó nuevamente el *Cara a la nueva España*, de septiembre del 36. Si el periódico había demostrado ser de palabra en la defensa de sus ideales, también lo sería en las nuevas circunstancias. Lo cual, aparentemente, no excluiría el recordar promesas o proyectos.

⁴⁹ *ABC*, Madrid, 29/03/39.

⁵⁰ Nuestros muertos, *ABC*, Madrid, 29/03/39.

Como si retomara un relato a medio terminar, el marqués de Quintanar firmaba un artículo según el cual el Caudillo, con todo su poder, seguía siendo un “regente”. A fin de cuentas, si la censura no había intervenido en su tiempo, algo de razón llevaría... Así, describiendo el estado de lamentable desolación en que había quedado su hogar madrileño, terminaba su peregrinaje doméstico compartiendo con el lector lo que dejaba adivinar ser un bálsamo para el alma: “desde su marco brillante, me sonrío, con su gesto juvenil y fuerte, la imagen de un marino de España. Debajo, hay un nombre: Juan de Borbón”⁵¹. La Monarquía podría pues volver, en otra Persona como exigió Franco. En un hombre que, además, reunía todas las excelencias del nuevo régimen: juventud, fuerza, patriotismo y entrega. Y, para mayor abundamiento, con una esperanza de porvenir que, manifiestamente, proclamaba la sonrisa. ¿Cómo negar, en buena lógica falangista de nuevo cuño, sus virtudes y derechos? Para más tarde. Pero no hasta nunca.

2) La Monarquía, como concepto.

Entre líneas, *ABC* dejaba también ver que la Monarquía, contrariamente a lo que el discurso oficial difundía, era imposible de deslindar en categorías. No existía una “buena” y “una mala”. Y, por ello, una frontera temporal que permitiera elegir lo que significaba. ¿La exaltación de los Reyes Católicos? ¿El Imperio? Para Luca de Tena, la aventura africana había engendrado esa parte del Ejército que había salvado a España y, dentro de la facilidad existente para darle a la Historia nacional el sesgo que mejor conviniera, el marqués no se recataba en hacerlo a su vez: “Esa es la obra de los militares de África. Es el testamento de Isabel la Católica que la Monarquía española supo cumplir y del que esos militares beneméritos han sido albaceas”⁵². No podía haber distinciones entre las diferentes familias reinantes, pues todas encarnaron la soberanía nacional. Y, según Luca de Tena, ilícito hubiera por lo tanto sido achacar todos los males a una parte de lo que, en realidad, era un todo. Muy hábilmente, vinculaba africanistas -luego el propio Franco-, Monarquía e Imperio. Es decir, Poder, Tradición y Grandeza. Sin exclusivas. Obviamente, la maniobra estaba envuelta en mil loas -seguramente sinceras- a uno de los símbolos más llamativos de la España franquista en gestación.

⁵¹ Un retrato, *ABC*, Madrid, 02/04/39.

⁵² El Ejército de África, *ABC*, Madrid, 04/04/39.

Pero quedaba sentado que ese mismo Ejército era en gran parte deudor de la Monarquía. Incluso la denostada. Y este punto también lo rebatía, con suma prudencia, el periódico.

Aun admitiendo que Alfonso XIII cometió errores -que justificaban su preterición en favor de su hijo...-, *ABC* no dejó de recordar que los alfonsinos también habían combatido desde un principio a la República. Incluso antes que la Falange ni tan siquiera existiera... Pero, sobre todo, que sus juventudes no habían dejado de “dar su sangre” en combate. El recordatorio de los hermanos Miralles no tenía otra función. Aunque Luca de Tena aprovechó la ocasión para dar una larga lista de nombres. El árbol no debía esconder el bosque... Ese sacrificio de la propia vida libremente consentido no merecía, en sí mismo, exaltación particular. Otros muchos lo habían hecho, como no dejaba de recordar el discurso oficial. Pero tampoco merecía el simple reconocimiento de un rápido recuerdo, antesala del silencio. Esos “señoritos” recordaba Luca de Tena que había dicho Pemán “sobre el campo de batalla se han ganado el ascenso a señor”⁵³. También los monárquicos tenían muertos que defender. Sólo que, se apresuraba a añadir, Luca de Tena lo harían siempre desde la perspectiva de la unidad. Nunca de la polémica o el sentimiento de superioridad. De hecho, el mismo día el periódico publicaba el telegrama de felicitación del conde de Barcelona a Franco, con los gritos ya rituales en conclusión. No había pues asomo de “traición” en reivindicar un lugar propio para los monárquicos en el panteón del Movimiento. Lo cual equivalía a pedir otro en la organización y estructuración de la España que de él salía. Así era, según el director de *ABC*, como debía realmente comprenderse el bien llamado “decreto de Unificación”.

3) Unificar inteligentemente.

Nadie ponía en tela de juicio lo ajustado de la decisión. Ahora bien, entre líneas, Luca de Tena reiteraba que unificar no podía significar jerarquizar la unidad. En un artículo a la gloria del decreto y, por consiguiente, de las dos fuerzas políticas mayoritarias, como sibilamente le había recalado Franco, el marqués se las

⁵³ Señores de España, *ABC*, Madrid, 08/04/39.

ingeniaba para reintroducir en primer plano lo que, lógicamente, hubiera tenido que quedar entre bastidores. Así al elogiar sin reparos el patriotismo, el sentido del sacrificio y la ingente labor social de Falange, concluía exaltando esa España “¡Una, Grande y Libre!, como fue creada por la Monarquía de Isabel y Fernando, con el simbólico emblema de su haz”⁵⁴. Difícilmente se le hubiera podido exigir mayor ortodoxia. Y, sin embargo, se permitió un leve, pero sintomático, matiz con respecto al discurso oficial. Ahí donde se hablaba de “Doña Isabel y don Fernando” o, más comúnmente, de los Reyes Católicos, Luca de Tena insistía en “la Monarquía” por ellos encarnada. Sin quitarles un ápice de primacía a los individuos, lograba otorgarle otros tantos méritos a la Institución. Al régimen monárquico. En lo relativo a los requetés, eran ya “más hermanos nuestros que nunca”⁵⁵. Tras recordar, como de pasada, que ellos mismos habían encendido la mecha de guerras fratricidas, se congratulaba de ver por fin acabarse las disputas dinásticas, no por la imposición del Poder sino por la hermandad de la sangre vertida. Y es que, volvía a recordar Luca de Tena, “Antes del 17 de julio prestaron unos su inteligencia y actividad en trabajos de preparación y enlace; otros el servicio de misiones delicadas en el extranjero, y todos, la sangre de sus juventudes”⁵⁶. Cuando los requetés escondían armas, los alfonsinos se movían fuera de las fronteras... Por ello, no sin cierta dosis de audacia, recalca que “para no ser injustos con los demás tenemos que convencernos todos de que, sin el concurso de cada uno de los grupos que han intervenido en el Movimiento redentor de España no fructificaría éste en el triunfo que ya engalana de colgaduras y gritos de júbilo las calles de nuestra España liberada”⁵⁷. Bien estaba pues que falangistas y requetés estuvieran en todos los labios, pero no que ello se hiciera en detrimento de los “demás”. Y, mucho menos, de aquellos que, por obra y gracia del propio decreto de Unificación podían estar llamados un día a asumir la conducta de la nueva España. Franco así lo había anunciado: “Cuando hayamos dado fin a esta ingente tarea de reconstrucción espiritual y material, si las necesidades patrias y los sentimientos del país así lo aconsejan, no cerramos el horizonte a la posibilidad de instaurar en la nación el régimen secular que forjó su unidad y su grandeza histórica”⁵⁸. Como hombre de teatro, Luca de Tena

⁵⁴ Unificación, *ABC*, Madrid, 09/04/39.

⁵⁵ *Idem*.

⁵⁶ *Idem*.

⁵⁷ *Idem*.

⁵⁸ Preámbulo, Decreto de unificación, 19/07/37.

no podía ignorar que esa eventualidad recordaba sobremanera al “cuán largo me lo fiáis” famoso. Pero también era cierto que el régimen, por boca de su Caudillo, admitía no ser enemigo de la Monarquía. Sobre esa certeza -y aviso para falangistas exaltados- parecía construir el marqués esas tenues esperanzas que justificaban esos no menos leves y respetuosos recordatorios. Sin olvidarse de que también existían prohombres de la nueva España que alardeaban de su condición de falangistas y monárquicos. Agustín de Foxá, otro de los coautores del *Cara al sol*, era uno de ellos y no dejó de ofrecer una visión idílica de la España monárquica de los años recientes, cuando “la vida entonces era plácida y honrada”⁵⁹. Para remachar lo escrito, *ABC* aprovechó el décimo aniversario de la muerte de su fundador para recordar, sin que necesariamente viniera demasiado a cuento y con la retórica en boga, a “sus” muertos: “Aquí estamos, atentos a la consigna de la voz amada, inmaterial y sin sonido. ¡Adelante! Y siempre con la respuesta del corazón: ¡Presentes! Todos presentes: los vivos y los muertos, los mártires de A B C sacrificados a la Causa Nacional”⁶⁰. A partir de esa fecha, ya no se volvió a levantar bandera alguna de monarquismo, por inmaterial que fuera, en el periódico. La celebración del desfile de la Victoria se acercaba y, seguramente, la tolerancia del régimen no daba para mucho más. En cualquier caso, quedaba constancia de que, utilizando los propios tópicos y dogmas al uso, se podía seguir defendiendo la idea de una Monarquía por venir. La constante exaltación de lo “joven” y de lo “nuevo” no podía arrinconar a un polvoriento baúl de los recuerdos al régimen monárquico que había conocido España durante siglos. Por lo menos, eso creía Luca de Tena. Durante muchos años, los acontecimientos demostraron que se había equivocado.

IV Conclusión

No le era posible a *ABC* una posición de abierto monarquismo en abril de 1939. Ni tan siquiera aquellos mismos a los que defendía hacían públicas manifestaciones de querer recuperar lo que la República les había arrebatado. Por otra parte, la comunión del diario con el nuevo régimen no era pura fachada. Sólo se trató, en suma, de utilizar los propios argumentos e ideas destilados por la propaganda, y que ya empezaban a transformarse en frases huecas de significado político real, para darle cabida y vida a otra “familia” de esa

⁵⁹ Las viejas casas, *ABC*, Madrid, 14/04/39.

⁶⁰ En el aniversario del fundador de *ABC*, *ABC*, Madrid, 15/04/39.

España “unificada”. Sin traicionar al único Poder verdadero, todavía de viaje, y sin aparecer ante sus ojos, por lo tanto, como un peligro potencial. Parecía claro que, para *ABC*, el mejor garante contra las pretensiones hegemónicas de la Falange, con sus sectores antimonárquicos patentados, era Franco en persona. En cuanto a los carlistas, dejaron pronto de ser una fuerza de verdadero político. Bien es verdad que los propios monárquicos sufrieron en sus carnes, antes y después de la Segunda Guerra Mundial, la respuesta sin piedad del Generalísimo ante las repetidas demandas de vuelta de la Monarquía y, finalmente, ante el “manifiesto de Lausana”. En cualquier caso, desde un principio, *ABC* se esforzó por aprovechar las más remotas posibilidades de hacer perdurar la memoria de la Monarquía. Sobre todo porque, manifiestamente, comprendió también muy pronto que sólo la paciencia y la comprensión acomodaticia demostradas serían las garantías de su subsistencia. De ese posibilismo -para nada castelarino- erigido en discurso, dependía también, a la postre, la propia supervivencia del diario. Ello, sin contar con la buena inteligencia que existió en las relaciones entre Franco y Luca de Tena. Según Pedro Sainz Rodríguez, “Franco hubiera deseado, por todos los medios, convertir el *ABC* en órgano de su política”⁶¹. No lo consiguió, por lo menos plenamente. Pero la partida, finalmente, quedó en tablas, pues Luca de Tena falleció sin ver en el trono un nuevo rey.

⁶¹ Cf. MARTÍN, Miguel.: *Las cuatro vidas de Juan Ignacio Luca de Tena*, Barcelona, Planeta, 1998, p. 186.